

una muy dudosa actualización teórica, ya que en muchas ocasiones lo único que se capta es un intento de "descrestar" con citas innecesarias y en muchos casos inaplicables a los problemas planteados. Este esnobismo se capta en artículos tales como el relacionado con el "Estado corporizado" (págs. 239-253) o en el de "Las marchas de los coccaleros en el Amazonas" (págs. 257-272), en el que debería haberse estudiado a fondo los móviles y razones del movimiento antes que buscar pistas teóricas en las *vedettes* intelectuales de los "nuevos movimientos sociales", cuya exposición ocupa la mayor parte del artículo, sin que en definitiva se entienda qué aconteció con las marchas de los coccaleros. Esta recepción acrítica de los estudios poscoloniales y subalternos, así como de las modas posmodernas, es una buena muestra de nuestra dependencia cultural y del "colonialismo intelectual" que ejercen los centros metropolitanos, aunque de eso nadie hable en el día de hoy. Porque, y esto es curioso, el influjo de los estudios poscoloniales y subalternos no llegó por la vía de la India —donde surgieron— sino por la vía de Estados Unidos, en donde se han impuesto como moda en los últimos años. Además, resulta discutible aplicar los elementos teóricos y metodológicos de la poscolonialidad a una realidad completamente distinta de la de India o África, como lo es la de Colombia y América Latina en general, ya que esto significa nada más ni nada menos que negar la propia historicidad de una región o de un país. No se trata, por supuesto, de enconcharse en un chovinismo intelectual negándose a considerar las propuestas teóricas y metodológicas que provienen de otros horizontes culturales (como el de las universidades norteamericanas y europeas), pero tampoco en aceptar sin ningún tipo de circunspección ni reserva crítica las modas intelectuales que vienen del norte, que en estos instantes se enmarcan dentro de las estrategias de dominación neoliberales y posmodernas propias de la expansión

orbital del capitalismo. En el plano del conocimiento estamos asistiendo no a la "globalización democrática" de los bienes culturales y del saber —como se nos repite a diario— sino a una nueva colonización de los espíritus y, en primer lugar, de los intelectuales e investigadores.



Por todo esto nos parecen bastante optimistas las conclusiones del estudio, en el sentido de que con este libro se está contribuyendo a la formación de un pensamiento teórico propio en la antropología colombiana (págs. 443-444). Esta meta, que debería ser el objetivo de una ciencia social no colonizada, no se visualiza en general en el libro considerado, a pesar de que existan unas interesantes aunque aisladas contribuciones sobre el estudio de la identidad y sus transformaciones en el mundo actual. Pero, en términos generales, por la falta de distancia crítica frente a la Constitución de 1991, al paradigma de la "globalización", al neoliberalismo, a las ONG, a las políticas imperiales de Estados Unidos —hoy más que nunca necesaria para entender lo que es este país—, es muy difícil reconocer que este libro pueda ser una contribución duradera a la constitución de una antropología teórica en Colombia. Al contrario, nos parece que al observar este libro se confirman las palabras del lamentado

Darcy Ribeiro, cuando afirmaba que "tenemos una intelectualidad fútil, más propensa a buscar las remuneraciones de las multinacionales o las prebendas del Estado que a pensar y luchar por definir el proyecto latinoamericano".

RENAN VEGA CANTOR

Lo mítico, lo simbólico, lo sagrado

Los hijos de la gran diosa.

Psicología analítica. Mito y violencia

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga

Editorial Universidad de Antioquia,

Medellín, 1999, 419 págs.

En la introducción de su libro *Los hijos de la gran diosa*, la profesora Marta Cecilia Vélez S. expone las bases de su contenido a partir de la psicología analítica, nacida a su vez del método psicoanalítico establecido por el psicólogo suizo Carl Gustav Jung, quien descubrió el importante papel que desempeñan en la configuración psíquica del ser humano aspectos tales como los mitos, las tradiciones, el saber primigenio y las religiones místicas.



Estos aspectos, que no fueron tomados en cuenta por Freud en su método psicoanalítico, constituyen, además de la esencia de la teoría de Jung, el punto de partida de éste en relación con la teoría freudiana y su práctica, de las cuales se aparta definitivamente. La autora sintetiza en su introducción la esencia de la psicología analítica de Jung, sus presupuestos teóricos, su práctica y sus métodos. Dichos presupuestos tienen como punto de partida las construcciones simbólicas primordiales de la humanidad, las cuales, dentro de esta teoría, se entienden como "los elementos a partir de los cuales cada ser humano se significa y se comprende en su individualidad psíquica, biográfica, histórica y cultural". Todo esto constituye el fundamento del símbolo, tal como Jung lo concibe, y que es al mismo tiempo "el eslabón que por un lado nos conecta con los orígenes mismos de la humanidad en su decirse esencial y que por otro lado nos lanza, en su emergencia, hacia la significación en la que se manifiesta en cada vida individual". De esta forma, mito, religión y tradición conforman el material más importante de la psicología analítica de Jung, en la cual el símbolo actúa como lenguaje de estos contenidos de la mente colectiva, reflejados en la mente individual. Se refiere más adelante a las diferentes características que suele asumir el símbolo, que alberga en sí los orígenes de lo humano y lleva también dentro del mismo el germen del futuro, de lo que vendrá después.



Dice también que "el símbolo es esencialmente conjunción de opuestos y, en tanto tal, es trascendente a

la conciencia". Con este lenguaje, cercano al discurso filosófico, explica las características de la psicología analítica y su concepción del símbolo, núcleo central del método junguiano. En otra parte de su introducción la autora pone de manifiesto el propósito de hacer ver (a través del análisis de lo mítico) que la violencia actual que se genera en Medellín y en otras partes del país no es otra cosa que la manifestación patológica del componente femenino, reprimido en el varón por efectos de nuestra cultura occidental. Con base en este presupuesto reivindica la existencia dentro de la historia del periodo matriarcal y recurre para ello al teórico Johann Jakob Bachofen, quien denominó la época matriarcal como la del *derecho materno*. Afirma igualmente la realidad histórica del matriarcado, la que, "contra toda evidencia, es negada por una racionalidad que en muchos casos ha revelado su miopía construyendo verdades en donde sólo ha habido juegos de poder y malabarismos ideológicos". A partir de aquí se perfilan unos puntos de vista que se identifican en algunos aspectos con posiciones adoptadas por un feminismo de corte teórico o conceptual respecto del rol desempeñado en la cultura por lo masculino, al ser ésta producto del predominio del varón y el cual se manifiesta en el periodo histórico que se conoce como patriarcado. Su análisis pretende mostrar cómo el violento, por un proceso de *proyección*, pretende destruir en el otro "aquello que horrorizados sospechamos que habita en nosotros mismos". Hace de paso un reconocimiento a los medios informativos, lo mismo que a las investigaciones sociológicas existentes por sus aportes en la divulgación y en el estudio, tanto dentro de los medios académicos (sociológicos) como en el público en general (periodismo), de la modalidad delictiva del sicariato.

Así mismo, critica a la psicología social en sus estudios enfocados en los aspectos causales y reductivos del fenómeno del sicariato, lo cual ha limitado el conocimiento de éste a

niveles más profundos; es decir, de la causa primera que determina tal modalidad de violencia en nuestro medio. Es necesario, pues, ir más lejos, expresa la autora; buscar la respuesta a ello en la psique individual y colectiva, pues de esta forma la violencia y sus particulares manifestaciones a través del sicario podrán ser comprendidas plenamente. Así, entonces, la psicología analítica, con el enfoque extensivo que la caracteriza, constituye el medio más apropiado de abordar el problema, opuesta a la psicología social, causalista y reduccionista, la cual se ha venido aplicando hasta ahora. Esta propuesta suya es, sin duda, una verdadera novedad, al menos en nuestro medio.



Hace ver la autora la importancia de la psicología analítica, nacida de la teoría de Jung, la cual pone de manifiesto el vínculo que existe entre el individuo y la cultura dentro de la cual éste actúa, vínculo que se manifiesta, a su vez, en los lazos existentes entre lo simbólico y lo psíquico.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, la autora hace una exposición detallada de los lineamientos teóricos de la psicología junguiana, basada a su vez en el símbolo y su función; luego entra en el análisis de aspectos como la libido, tal como ésta es definida por Jung, aclara sobre los arquetipos, el inconsciente colectivo y, finalmente, las representaciones arquetípicas. La segunda parte está dedicada al tema mismo en cuestión: la violencia sicarial.

Bajo el título "Interpretación mítico-simbólica de un caso de violencia", y en la parte, "El universo simbólico de las grandes diosas", la autora recurre a los trabajos emprendidos por mitólogos, antropólogos, filósofos, "y básicamente por antropólogas, teólogas, e historiadoras feministas", como se encarga de aclarar. En resumen, todos aquellos que desde diferentes áreas del conocimiento se han ocupado de estos aspectos que son la base misma de la psicología analítica y cuya herramienta o metodología se fundamenta en una "hermenéutica simbólica". Es, pues, sobre ésta, y no desde el punto de vista diagnóstico, como se ha hecho hasta el presente, que se elige esta vez el punto partida para abordar el estudio del fenómeno de la violencia sicarial, lo cual constituye además una tentativa no abordada hasta ahora en nuestro medio. De forma paralela, a través de una hermenéutica es posible "la emergencia [al consciente] de nuevos contenidos".



Los hijos de la gran diosa es un estudio centrado en la tesis según la cual la represión ejercida por la cultura patriarcal a través de sus propios valores (el racionalismo, la violencia y el dominio) terminó por desplazar otros valores y contenidos que tuvieron vigencia en el supuesto periodo matriarcal. Esta suplantación de lo mítico (irracional) por lo *real* y objetivo (razón), habría de producir luego una ruptura en la conciencia individual entre los contenidos que yacen

en lo más profundo del inconsciente individual y las representaciones de esta misma conciencia.

En pocas palabras, la represión o negación de los aspectos considerados en la cultura masculina como irracionales: el amor, la ternura, la fantasía y la misma cultura, considerada ésta en sus aspectos no fácticos, determinó con el transcurso del tiempo una distorsión de la conciencia individual, un estrechamiento inevitable de ésta y, por ende, una visión unidimensional del individuo sobre sí mismo y sobre el mundo. Este divorcio entre inconsciente y consciente propiciado por la cultura occidental habría de tener luego repercusiones nefastas sobre los individuos, la mayor de las cuales sería la serie interminable de guerras que ha debido soportar la humanidad siempre.

La represión o negación de los contenidos irracionales toma, entonces, características patológicas, pues la conciencia individual se encuentra escindida al romperse la conexión entre consciente e inconsciente y, de esta forma, los poderosos contenidos del inconsciente, manifestados al consciente a través de una simbología específica, al ser negados o reprimidos en la conciencia buscan otras vías alternativas para realizarse, las cuales desembocan siempre en lo enfermizo, en lo patológico, como es el caso de la violencia sicarial.

Los arquetipos y la simbología a través de la cual éstos se manifiestan la conciencia son el nexo que une al individuo con las instancias más profundas de su ser y que al mismo tiempo lo conectan no sólo con la especie humana de la que forma parte (inconsciente colectivo), sino también con el cosmos.

La psicología analítica es la propuesta que hace Marta Cecilia Vélez para retomar desde un nuevo punto de vista totalmente nuevo el problema de la violencia, tanto la sicarial entre los jóvenes de Medellín como la que se ha impuesto hoy en nuestro país. La práctica totalmente diagnóstica y con la cual la psicología social ha enfrentado el proble-

ma, bien sea a través de las entidades oficiales de asistencia social, como también en las cárceles y centros de rehabilitación para menores delincuentes, no parece haber aportado algo verdaderamente significativo en el manejo de las conductas criminales de los menores, tal como anota la autora.



Limitar el problema a su simple diagnóstico no es suficiente. Con franqueza y pleno conocimiento del problema y sus causas, no sólo respecto de las características mismas del sicariato juvenil, el cual exige enfoques y prácticas totalmente nuevos, se refiere igualmente a una limitación de la psicología social, como es su método reduccionista y causalista, empleado por la psicología freudiana, de la cual se aparta, tanto en su teoría como en su práctica, la psicología analítica de Jung, que es en esencia amplificadora en ambos aspectos.

El conocimiento y posterior tratamiento de una patología criminal nueva en nuestro medio, como la que afecta en proporción alarmante a un gran número de jóvenes pertenecientes a los sectores marginales y populares de la sociedad antioqueña, exigen enfoques y procedimientos nuevos que sean a su vez el punto de partida para enfrentar el fenómeno de criminalidad juvenil en el resto del país y, ¿por qué no?, en otras partes del mundo.

El joven sicario, su mentalidad y la particular relación de éste con su madre, son objeto en el libro de un completo análisis. Bajo la lente cer-

tera y lúcida de la psicología analítica, la relación edípica aparece sombríamente ligada con la muerte. La imposibilidad de manifestarse a través del amor, como corresponde a su verdadera naturaleza, hace que la Gran Madre, desde las profundidades del inconsciente individual, se convierta en una deidad terrible, negación del amor y de la piedad.

ELKIN GÓMEZ

Un clásico

Estructura, función y cambio de la familia en Colombia

Virginia Gutiérrez de Pineda

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2.^a ed., 1999, 712 págs.

¿Qué se puede decir de un libro que fue originalmente publicado en 1975, basado en datos recogidos en 1969 y orientados por un censo de 1964? Si es un libro escrito por Virginia Gutiérrez de Pineda se puede decir mucho. Por una parte se puede asegurar que su actualidad radica en que nos muestra un periodo de transición tanto demográfica como de valores y comportamientos con respecto a la sexualidad, la familia y las relaciones de género. Después de leer este trabajo y apreciar su envergadura, cabe preguntarse: ¿Por qué tuvieron que pasar más de veinte años para que finalmente la Universidad de Antioquia publicara la segunda edición de *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia*? Además, no sobra repetir lo que ya es ampliamente conocido: el trabajo formidable y pionero de doña Virginia —como la conocían muchos de sus estudiantes y colegas—, ha marcado la línea de los estudios sobre familia en Colombia.

Este volumen es el apoyo estadístico de la ya clásica trilogía sobre la familia en Colombia, compuesta, además, por *Familia y cultura en Colombia* y *La familia en Colombia*,

reeditados también por la Universidad de Antioquia. La investigación original en la que se basaron los tres libros está enmarcada en un estudio internacional sobre la estructura y los cambios de la familia en Perú, Brasil y Estados Unidos, patrocinado por el Latin American Population Research de la Universidad de Notre Dame (Indiana).



Ligia Echeverry, su entusiasta alumna y colaboradora, participó como asistente en la recolección de datos y escribe un útil prólogo en donde habla sobre su experiencia y sus memorias del trabajo de campo en zonas rurales inaccesibles y olvidadas, y de las peripecias financieras que se tuvieron que afrontar para finalmente lograr la publicación de los resultados de la investigación. Treinta personas, agrupadas en cinco equipos, visitaron dieciocho departamentos a lo largo y ancho del país. La metodología y el diseño de la muestra no emplean las técnicas tradicionales de la antropología sino que se basan en los procedimientos macros de la demografía y la sociología.

Como documento histórico, encontramos un detallado retrato de la familia en el periodo comprendido entre los años sesenta y setenta; en particular, un recuento de las actitudes referentes a representaciones étnicas, de identidad, tradiciones religiosas, ocupaciones y estratificación social en las diferentes zonas del país. En esta época ya se vislumbraban

grandes cambios demográficos y familiares que posteriormente se reflejarían en la legislación. Por ejemplo, se promulgaron leyes que permitían el matrimonio civil, el divorcio y además obligaban a los hombres a responsabilizarse de su paternidad. Al mismo tiempo se crearon instituciones como el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y Profamilia, cada una con sus funciones específicas, como líderes y promotores de cambios en la familia. Con Profamilia se masificó el acceso al conocimiento sobre el ejercicio de la reproducción, en un momento en que las actitudes morales y religiosas primaban, impidiendo la educación sexual y el acceso a métodos anticonceptivos. Todo esto produjo una serie de cambios en los ideales sobre el número de hijos, las expectativas sobre la familia y el balance de poder dentro de esta.

La agudeza observadora de doña Virginia abría los debates, exponiendo argumentos para explicar las desigualdades de género presentes en lo que ella llamaba los diferentes complejos culturales. Por ejemplo, nos muestra cómo la mujer indígena perdió su autonomía y su alto prestigio social cuando se introdujo la agricultura de tipo europeo. La incorporación de técnicas agrícolas y artesanales traídas de España se dirigieron a los hombres, desplazando a la mujer de la producción más activa y del control de los frutos de su trabajo.

Sería injusto reseñar este libro a la luz de los avances y discusiones teóricas relacionadas con la familia y con el género que han surgido a partir de los años setenta. En la época de su publicación ni se discutían aún conceptos como el de jefe de familia, sino que se daba por sentado que, si había un hombre adulto en la casa, él automáticamente era el jefe; ni se criticaban nociones como el de estructura o función. Por estructura, en este caso, se entienden las diferentes tipologías regionales de la familia encontradas en el estudio. La misma palabra *familia*, que puede significar muchas cosas diferentes, ha sido desmembrada,